

COMENTARIOS

El materialismo filosófico como Geopolítica

José Manuel Rodríguez Pardo

(Universidad de Oviedo)

Resumen: El sistema del materialismo filosófico constituye un análisis fundamental de nuestro presente político. Los profundos cambios producidos en la Geopolítica de nuestro mundo globalizado vienen determinados por lo que Gustavo Bueno denominó como «plataformas continentales», las grandes unidades históricas y culturales en las que está hoy repartido el Género humano, frente a la perspectiva que inauguró en el siglo XIX Sir Halford Mackinder.

Palabras clave: Geopolítica, Gustavo Bueno, materialismo filosófico, globalización, civilizaciones.

Abstract: The system of philosophical materialism constitutes a fundamental analysis of our political present. The profound changes produced in the Geopolitics of our globalized world are determined by what Gustavo Bueno called †continental platforms‡, the great historical and cultural units in which the Human Gender is distributed today, against the perspective that opened in the century XIX Sir Halford Mackinder.

Keywords: Geopolitics, Gustavo Bueno, philosophical materialism, globalization, civilizations.

1. INTRODUCCIÓN. LOS PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA.

Muchas son las alternativas planteadas para definir a las sociedades políticas y sus relaciones entre sí a lo largo de la Historia Universal. En este Número 5 de Revista *Metábasis*, que dedicamos a analizar las cuestiones geopolíticas, tan en boga hoy día a través de analistas de diversa índole, inspirados en teóricos del fuste de Halford Mackinder, Haushoffer, Hans Morgenthau o Henry Kissinger. A través de este comentario queremos plantear una serie de líneas básicas para comprender qué estatuto gnoseológico asignarle a la Geopolítica.

Desde la perspectiva del materialismo filosófico, hemos de comenzar descartando la Idea de la Humanidad como una plataforma efectiva para estudiar las relaciones políticas, como principio general, lisológico (*dictum de omni, dictum de nullo*). Hemos de partir de principios dados «en las cosas mismas», principios medios, morfológicos, que permitan la reconstrucción de las sociedades políticas. Tales principios se plasman en los Estados realmente existentes, las sociedades políticas efectivas, una vez constatado que los modos de producción que formuló el materialismo histórico ni explican ni fasifican la Historia Universal, ni tampoco la fabulosa aldea global que desde la ideología oficial de la globalización se defiende, un mundo donde las fronteras parecen haber desaparecido y se defiende la interconexión de todo con todo a través de artefactos como internet o la televisión formal (Bueno, G., 2004, 236-7).

Las sociedades políticas, los Estados, siguen existiendo y siendo imprescindibles a la hora de hablar de la política. Siguiendo los cánones del materialismo filosófico, el núcleo de toda sociedad política es la eutaxia, entendida como duración en el tiempo de la misma; una sociedad política, para ser digna de tal nombre, ha de ser eutáxica, durar en el tiempo (Bueno, G., 1991, 180).

La escala de la eutaxia, de la duración, es en este caso la de las centurias, en relación al Imperio Romano; por lo tanto, la eutaxia es algo a valorar retrospectivamente (Bueno, G., 1991, 182). Tomando la base de las sociedades políticas realmente existentes y la eutaxia como su fin principal, ésta ha de considerarse como un resultado de las operaciones realizadas por los gobernantes para mantener su duración en el tiempo. Un operar respecto a unos fines no meramente subjetivos sino objetivos, teleológicos, que corresponden a una totalidad, el Estado, que sobrevive pese a que sus partes, los ciudadanos, se hayan renovado por completo (que haya fallecido una generación entera, por ejemplo). No obstante, los Estados existentes en la Historia Universal no se mantienen en un equilibrio perfecto, puesto que hay determinadas sociedades políticas que han intentado reorganizar al resto del Género Humano, los Imperios. Como afirma Gustavo Bueno: «La Historia Universal es, según esto, reflexiva, en un sentido objetivo: no se trata de una reflexión subjetiva, sino de la reflexión que unos grupos dados hacen frente a otros, en virtud de la cual los planes o programas de unos grupos pretenden “recubrir” (asumiéndolos, rectificándolos o destruyéndolos) a los de los demás y, en el límite, a todos los demás» (Bueno, G., 1999, 35).

Considerando las sociedades políticas y su transcurrir a lo largo de la Historia Universal, distinguiremos tres fases:

- Una **fase primaria** o **protoestatal** o de formación de las primeras sociedades políticas producto de la anamórfosis de sociedades naturales previas, uniarquías o protoestados; (Bueno, G., 1991, 243) sociedades políticas donde sus respectivas fronteras no están perfectamente delimitadas (por ejemplo, las sociedades precolombinas antes de la llegada de los españoles).
- Una **fase secundaria** o **estatal**, la de los Estados realmente existentes relacionados entre sí, los de la sociedad de Naciones o la actual ONU.
- Una **fase terciaria** o **postestatal**, que en tiempos fue considerada aestatal, en el sentido de la destrucción o extinción del Estado postulada por anarquistas y marxistas, o bien supraestatal, culminando, en su límite, en una confederación internacional de estados o en un Estado único internacional (Bueno, G., 1991, 256-68). Dentro de la fase supraestatal, puede considerarse también la persistencia de los Estados, pero con estructuras institucionales que los desbordan, ya sean multinacionales, partidos políticos, tribunales internacionales, &c; instituciones que, sin disponer de aparatos coactivos autónomos pueden ejercer control coactivo sobre otros Estados (Bueno, G., 1991, 269).

2. LA GEOPOLÍTICA Y SUS ORÍGENES.

Un ejemplo de agrupaciones supraestatales muy reciente es el de las «civilizaciones» concebidas por Samuel Huntington, donde el ideal es precisamente el equilibrio entre estas unidades claramente diferenciadas. Enumeradas dichas civilizaciones (occidental, latinoamericana, confuciana, ortodoxa, islámica, hindú, africana y budista) (Huntington, S. P., 1997, 50-4), Huntington prescribe la limitación de la guerra a un mero conflicto intercivilizatorio (por ejemplo, en el entorno del dominio de la civilización «europea», pero nunca atacando a ningún Estado «central» de la civilización «confuciana», ni defendido directamente por ella, léase China o Corea del Norte por señalar un caso concreto) (Huntington, S., P., 1997, 374-9).

Sin embargo, esta idea no es original de Huntington, sino que se inspira en lo que ya en la Europa decimonónica, y concretamente dentro del mundo anglosajón, surgió como una disciplina que pareció encontrar la clave para comprender las agrupaciones supraestatales, hoy especialmente pujante: la Geopolítica. Pese a los precedentes de Friedrich List o Friedrich Ratzel, se considera su genuino fundador al geógrafo británico Sir Halford J. Mackinder (1861-1947), quien en su artículo *The Geographical Pivot of History* del año 1904 (Mackinder, H., 1904), publicado como libro el año 1919, fecha de la firma del Tratado de Versalles que ponía fin a la Primera Guerra Mundial, bajo el título de *Democratic Ideals and Reality* (Mackinder, H., 1996). En este trabajo, Mackinder sitúa el centro de la Historia Universal en la región de Asia Central, el corazón continental del continente euroasiático, también denominado el «Continente Isla» o «Isla Mundial», similar al *ecúmene* de Ptolomeo previo al descubrimiento de América, pivote de los grandes imperios por disponer de sus propias «arterias naturales», los valles fluviales.

Una vez superada la época postcolombina, esto es, tras el descubrimiento de América por Cristóbal Colón en 1492, Mackinder argumenta que el mundo se ha convertido en un

espacio cerrado donde ya no quedan fronteras por explorar ni territorios que ceder a terceros, lo que conduce a una lucha inevitable entre las distintas potencias existentes (Mackinder, H., 1904, 421). Así, la Historia Universal queda definida por una constante lucha entre aquellos Estados que disponen de salida al mar y las potencias centrales que buscan encontrar esa salida hacia mares preferentemente cálidos, como el Mar Mediterráneo o el Océano Pacífico (Mackinder, H., 1996, 95-6). Como ejemplo directo, la Primera Guerra Mundial fue consecuencia de la lucha de las potencias centrales europeas, principalmente Alemania, Austria-Hungría y Rusia en su época, por encontrar salida al mar, por lo que Mackinder encuentra la solución para frenar esta belicosa actividad: la descomposición de estas «potencias centrales» en pequeños estados, al modo de un «cinturón envolvente» calcada de sus propuestas que tuvo lugar en el Tratado de Versalles. De hecho, el famoso argumento de Mackinder expuesto en su obra de 1919, «Quien domine Europa oriental, gobernará el corazón continental. Quien domine el corazón continental, gobernará la Isla Mundial. Quien domine la Isla Mundial, gobernará el mundo» (Mackinder, H., 1996, 106) parece tomar su verdadero sentido en nuestra época actual globalizada, con viajes interoceánicos y comunicación inmediata a través de las tecnologías de la información.

Continuador de Mackinder es el «realismo político» que Hans Morgenthau (1904-1980) diseñó en su *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz* (1948), donde encontró en la Historia de la Guerra del Peloponeso de Tucídides que el mundo es resultado de fuerzas inherentes a la naturaleza humana: el miedo (*phobos*), el interés personal (*kerdos*) y el honor (*doxa*). Estas ideas geopolíticas son las oficiales de buena parte de los teóricos que analizan y que rigen la política del Imperio realmente existente, los Estados Unidos del Norte de América.

Sin embargo, cuando Estados Unidos «aplicó» las ideas de Mackinder a su estrategia geopolítica, ya habían pasado por el tamiz de otro autor, el norteamericano de origen holandés Nicholas J. Spykman, quien en su obra *The Geography of peace* (Spykman, N. J., 1944) rectifica a Mackinder: quien tiene el poder no es quien controla la Gran Isla Mundial, el ecúmene, sino quien es capaz de rodearla. Así, respecto a Eurasia como zona clave de la geopolítica, Spykman postuló su teoría del anillo continental (Rimland), donde no es el bloque central rusoasiático la clave de la Historia Universal, sino las áreas marginales de Eurasia, especialmente sus litorales, donde precisamente Rusia era asfixiada una y otra vez en sus intentos de buscar una salida al mar. Y es que la gran amenaza a la seguridad norteamericana es que Eurasia sea dominada por una sola potencia: «the possibility that the rimland regions of the Eurasian land mass would be dominated by a single power». (Spykman, N. J., 1944, 35).

De hecho, Spykman modifica los versos geopolíticos de Mackinder de la siguiente manera: «Who controls the rimland rules Eurasia; who rules Eurasia controls the destinies of the world». (Spykman, N. J., 1944, 43). Su preocupación será precisamente controlar el *Rimland* para rodear el *Heartland*, la idea del asesor norteamericano George Kennan de la «contención» de la Unión Soviética que caracterizó a la política norteamericana durante la Guerra Fría: Polonia, Irán, Afganistán o Vietnam fueron las regiones periféricas de Eurasia donde se libraron las más intensas batallas de este conflicto soterrado entre soviéticos y norteamericanos. Idea replicada por Walter Lippmann, según afirma Henry Kissinger, al

señalar que la estrategia de la contención «llevaría a los Estados Unidos a las *hinterlands* de la extensa periferia del Imperio soviético, que en su opinión incluían a muchos países que, para empezar, no eran Estados en el sentido moderno. Mantener unos compromisos militares tan lejos de la patria no podría aumentar la seguridad norteamericana y sólo debilitaría la resolución de los Estados Unidos. La contención, según Lippmann, permitía a la Unión Soviética escoger los puntos de máxima dificultad para los Estados Unidos, mientras conservaba la iniciativa diplomática y hasta la militar» (Kissinger, H., 2010, 494). Como afirma Henry Kissinger, reforzando las ideas de Spykman, «En lo geopolítico, los Estados Unidos son una isla frente a las costas de la gran masa continental de Eurasia, cuyos recursos y población son muy superiores. La dominación de cualquiera de las dos principales esferas de Eurasia, Europa o Asia por parte de una sola potencia sigue siendo una buena definición del peligro estratégico al que se enfrentan los Estados Unidos, con Guerra Fría o sin ella. Semejante agrupación tendría la capacidad de superarlos económicamente y, a la postre, también militarmente. Habría que resistir a ese peligro aunque la potencia predominante fuese en apariencia benévola, pues si cambiaran sus intenciones, los Estados Unidos se encontrarían con una capacidad mucho menor para oponer una resistencia eficaz, y con una incapacidad creciente para determinar los acontecimientos» (Kissinger, H., 2010, 875).

De ahí que para Estados Unidos sea clave el control de China mediante su aislamiento en Oriente Medio, como se ve en las dos Guerras habidas en Iraq en 1991 y 2003. De hecho, la Geopolítica estuvo muy ligada a la idea expansionista del Destino Manifiesto que caracteriza la Historia de Estados Unidos, poniendo acento en el determinismo geográfico: las fabulosas arterias de comunicación que son los ríos navegables y los puertos atlánticos norteamericanos, incitaban a que Estados Unidos desarrollase su expansión imperial por Norteamérica, como si fueran una suerte de «junturas naturales» o como si el continente americano estuviera destinado a estar unido porque la geografía norteamericana así lo definía. Como afirma Albert Weinberg a propósito del reclamo de los nacientes Estados Unidos de la libertad de navegación por el río Misisipi: «El derecho natural se basaba en la necesidad de la libre navegación para promover el desarrollo agrícola de un suelo generoso y rico, cuyo abandono sería “contrario a los inmensos designios de la Deidad”. [...] También el culto Jefferson creía que no existía sentimiento grabado tan profundamente en el corazón del hombre como la convicción de que “el Océano es libre para todos los hombres, y los Ríos para todos aquellos que los habitan.” [...] Incluso en aquella época se planteó la compra o conquista de Nueva Orleans y Florida, deduciendo que Estados Unidos tenía derecho “a la posesión del territorio costanero” del hecho de que parecía como si “la naturaleza hubiese concebido para nuestro propio beneficio” el curso de los ríos que volcaban sus aguas en el Golfo después de atravesar casi exclusivamente nuestros territorios» (Weinberg, A., 1968, 36-41).

Asimismo, la idea de un imperio comercial, tal como lo concibió William Henry Seward (1801-1872) alrededor de 1850, miembro del Partido Whig y Secretario de Estado en los gabinetes de Abraham Lincoln y Andrew Johnson, de 1861 a 1869, ponía también sus ojos en Asia junto al Caribe como «área crucial» donde Estados Unidos debía desenvolverse para asegurarse la hegemonía de ese comercio. Así, Seward apoyó la adquisición de Hawaii, la obra del canal de Panamá y la compra de Alaska. Como señala Henry Kissinger:

«Ninguna nación ha experimentado nunca tal aumento de poder sin tratar de convertirlo en influencia global. Y también los dirigentes de los Estados Unidos se vieron tentados. Seward, Secretario de Estado del presidente Andrew Johnson, soñó con un imperio que incluyera Canadá y gran parte de México, y que avanzara por el Pacífico. El gobierno de Grant deseó anexionarse la República Dominicana y jugueteó con la idea de adquirir Cuba» (Kissinger, H., 2010, 32).

3. CRÍTICA A LA GEOPOLÍTICA COMO DISCIPLINA CIENTÍFICA.

Sin embargo, la crítica principal a la Geopolítica es su uso reduccionista de la Geografía, entendida como clave para comprender la Historia Universal. Considerada como algo meramente pragmático, una mera arma política (o «arma para la guerra», que diría Yves Lacoste), un elemento ligado a la «voluntad de poder» que atraviesa las obras de los realistas políticos tales como Hans Morgenthau o Henry Kissinger, la Geografía pierde su significado semántico y sintáctico propio de cualquier disciplina, tal y como ha sabido ver recientemente Marcelino Suárez Ardura: «En este sentido, habría que decir que la geografía ha sido siempre un arma para la guerra. [...] El final de la Segunda Guerra Mundial habría apagado la llama de la geopolítica, sobre todo con la fuerza de la guerra fría, pero la geografía (o parageografía) de los estados mayores, como diría Lacoste, seguía ejerciéndola con todas sus consecuencias. Durante la guerra fría (1945-1991) la geopolítica como estrategia de USA y de la URSS siguió estando activa. [...] Pero estos planteamientos siguen siendo deudores de una concepción del Estado entendida a partir del dualismo sustancializado entre la dicotomía base y superestructura, porque el Estado será visto como un “marco” institucional dependiente de otros procesos. Otras veces, el Estado será considerado como un instrumento de poder entre otros, siguiendo las pautas analíticas de Michel Foucault (voluntad de poder). La tesis de Lacoste según la cual la geografía es un arma para la guerra se inscribe en esta línea geopolítica» (Suárez Ardura, M., 2015, 35).

La Geografía, entendida gnoseológicamente como ciencia humana (no como ciencia natural), aunque «en las ciencias naturales y formales las operaciones son exteriores, no sólo a la verdad objetiva, sino también al campo, en las ciencias humanas las operaciones no son externas a ese campo», no es una mera arma o instrumento al servicio de una causa determinada, sino un producto político de los diversos Imperios universales, desde el de Alejandro Magno al norteamericano, que han ido aumentando los límites del mundo conocido, dejando atrás los estrechos márgenes del ecúmene de Ptolomeo del que partieron esas iniciativas de reorganizar a los demás pueblos del mundo. Pero, precisamente en virtud de su ligazón a esos imperios y sus ortogramas metapolíticos, los términos geográficos desbordan esa mera funcionalidad política y se convierten en formas efectivas de reorganizar el mundo conocido; esto es, los nombres y fronteras cobran un sentido semántico y sintáctico (Bueno, G., 1992, 110-26) más allá de su reconocida utilidad pragmática.

Realmente, la teoría geopolítica de Mackinder no constituye por sí misma el origen ni la trama de ninguna categoría científica, sino que ha de considerarse una mera construcción ad hoc de la época eduardiana que el propio autor vivió, sofisticando el proceder de Inglaterra en el panorama internacional, donde se había dedicado a fomentar «estados bisagra» en Europa, a cada cual más artificioso, tales como Bélgica entre Francia y Prusia o Grecia

como freno al Imperio Otomano, para así evitar el desarrollo de las potencias terrestres y permitir su marcha sin trabas como potencia esencialmente marítima. Cuando el asesor de Salvador Allende Joan Garcés reconstruye las estrategias de dominación británicas que influyeron en la ruptura del Imperio Español en América, destaca la negativa británica a apoyar en 1820 la restauración de Fernando VII en España, aludiendo a las razones que después usará Mackinder en sus obras de 1904 y 1919: «La negativa británica a intervenir llevó a los absolutistas españoles a mirar hacia Rusia en búsqueda de auxilio. Pero era contrario a la estrategia inglesa que tropas de la Eastern Mass se desplazaran hacia la retaguardia de la Western Mass, aunque fuera para derrocar a un gobierno constitucional. [...]. El rechazo británico a semejante movimiento de tropas rusas era compatible con la conceptualización que, un siglo después, haría Mackinder sobre la que denominaba recurrente tendencia de la Heartland —desde las postrimerías del Imperio romano— a invadir la “península latina” (el área italo-franco-ibérica)» (Garcés, J., 1996, 313).

De hecho, cuando el periodista norteamericano Robert Kaplan reconstruye las ideas de Mackinder en su obra *La venganza de la geografía* (Kaplan, R. D., 2013), primero considera este proceder inglés, al que como bien sabemos se sumó alegremente Estados Unidos, como un ejemplo de «libertad». Sin embargo, sorprende que más adelante, el propio Kaplan señale con indignación que, tras el Tratado de Versalles que cambió la faz política de Europa, llegó lo que denomina la «distorsión nazi»: si Mackinder «recomendó en 1919 la constitución de una franja de Estados independientes en Europa oriental», otro teórico de la Geopolítica, Haushofer, «invirtió la tesis de Mackinder y unos años más tarde defendió la “extinción de dichos Estados”» (Kaplan, R. D., 2013, 123).

¿Por qué se indigna Kaplan, si la posición alemana era perfectamente lícita desde su perspectiva de «potencia central»? Al fin y al cabo, la Geopolítica de Mackinder es una disciplina meramente funcional, donde lo que importa son los planes y programas del Estado de referencia: como es lógico, los alemanes, al verse encerrados e incluso al ver a compatriotas suyos encajonados en pequeños estados lindantes con Alemania, siendo ésta una potencia terrestre, tenían necesariamente que recuperar lo que se perdió en la Primera Guerra Mundial e incluso ir más allá si los demás se lo permitían. Incluso mirando a nuestro presente, comprobamos que el intento de encerrar a la Rusia postsoviética mediante un cinturón de repúblicas independientes a su alrededor, lo único que ha provocado es el deseo de «reconsolidar ese mismo corazón continental: Bielorrusia, Ucrania, el Cáucaso y Asia Central, lo cual, un siglo después de que Mackinder expusiera sus teorías, constituye uno de los principales dramas geopolíticos de nuestro tiempo», (Kaplan, R. D., 2013, 117) como podemos comprobar a partir de la revolución ucraniana del año 2014 auspiciada por la Unión Europea y Estados Unidos para derrocar a un gobierno prorruso en Ucrania y situar a otro favorable a sus intereses, a lo que Rusia respondió poco después, siguiendo precisamente los postulados que la Geopolítica atribuye a las potencias centrales: anexionándose Crimea, su verdadera salida a los mares cálidos, y promocionando a los grupos separatistas prorrusos en Donetsk, Donbass y otros lugares del este de Ucrania.

Por lo tanto, el uso de la Geopolítica es meramente funcional, pues quien lo desee puede ver «junturas naturales» o formar una serie de estados puramente artificiosos según le convenga a sus intereses políticos. La Geopolítica no constituye por sí misma ningún tipo de verdad

indiscutible, puesto que existen otros elementos importantes a la hora de juzgar el desarrollo y destino nada manifiestos de las naciones a lo largo de la Historia. Es más, no sería aventurado señalar que la Geopolítica constituye una simple aplicación del idealismo absoluto de Hegel a la cuestión geográfica (el desarrollo del espíritu a través de las trabas que impone la Naturaleza, la Geografía): «La humanidad europea aparece, pues, por naturaleza, como la más libre, porque en Europa no hay ningún principio natural que se imponga como dominante. [...] La diferencia principal en sentido geográfico es la que existe entre el interior y el litoral. En Asia el mar no significa nada; es más, los pueblos han vuelto la espalda al mar. En cambio «[...] en Europa, la relación con el mar es importante; he aquí una diferencia permanente. Un Estado europeo no puede ser un verdadero Estado si no tiene nexo con el mar. En el mar acontece esa versión hacia fuera que falta a la vida asiática, ese trascender de la vida allende sí misma. Por eso el principio de la libertad individual ha llegado a ser el principio de la vida de los Estados europeos» (Hegel, G. W. F., 1989, 199).

De hecho, Kaplan afirma literalmente, como copia de Hegel, que «Las civilizaciones son, en muchos sentidos, reacciones esforzadas y valerosas [sic] ante el entorno natural». (Kaplan, R. D., 2013, 79), un exacerbado idealismo como el de Hegel, la evolución del Espíritu frente a los escollos de la Naturaleza. Curiosamente, de esta versión hegeliana sobre Europa quedan fuera las católicas España y Portugal. Así, los españoles estaban en realidad «fuera de sí», para justificar su omisión de la esfera geopolítica, pues como dice Hegel, el espíritu de caballería de España y Portugal, «salió de sí, hacia América y África, en lugar de volverse sobre sí, en su intimidad». (Hegel, G. W. F., 1989, 676). Algo curioso teniendo en cuenta que el viaje de Cristóbal Colón —con el precedente de la embajada a Tamerlán en tiempos de Enrique III de Castilla— tenía como objetivo rodear a los turcos por la espalda, mediante el apoyo del Gran Khan, esto es, del gran gobernante euroasiático, como bien aclara John Elliott (Elliott, J., 1965, 58), lo que debiera ser muy caro a los geopolíticos y que sin embargo, como vemos, omiten constantemente.

4. UNA ALTERNATIVA A LA GEOPOLÍTICA DESDE EL MATERIALISMO FILOSÓFICO: LAS PLATAFORMAS CONTINENTALES.

Frente a estas teorías geopolíticas que parecen previas al descubrimiento de América, es mucho más potente, en un sentido apagógico, no apodíctico o demostrativo, la perspectiva que Gustavo Bueno presenta en el «Colofón» de su obra *El mito de la izquierda* (Bueno, G., 2003) sobre las plataformas continentales, que Bueno enumera así: Las grandes unidades históricas y culturales en las que está hoy repartido el Género humano, aquellas cuyo volumen supera los cuatrocientos millones de habitantes, son las siguientes: el Continente anglosajón, en donde está asentado el único Imperio universal hoy realmente existente; el Continente islámico, que se mantiene totalmente al margen de la distinción entre izquierdas y derechas, tal como ella se formó en Europa; el Continente asiático, continuador de la sexta generación de la izquierda, y que es acaso el verdadero antagonista, mayor aún que el Islam, para el imperialismo norteamericano; y el Continente hispánico, que muchos consideran como una plataforma virtual cuyo porvenir, por incierto que sea, no puede ser descartado en cuanto al papel que pueda jugar en el futuro en el concierto universal» (Bueno, G., 2003, 297-8).

Afirmar que existen diversas plataformas continentales, ya sean hispánicas, anglosajonas, islámicas, etc., supone toda una refutación al idealismo de plantear los límites que la Geografía impone al espíritu humano. Y puesto que esas plataformas continentales no son unidades megáricas, comunicables entre sí, al contrario de las civilizaciones de Huntington (que el propio autor, dentro de su oficio de politólogo, considera una suerte de meros paradigmas que simplemente son más funcionales en nuestro presente, una vez caída la URSS y con ella el paradigma dual que conllevaba la Guerra Fría) (Huntington, S. P., 1997, 31), permiten la inclusión de zonas de fricción que anticipan posibles transformaciones e incluso trasvases territoriales y nacionales de una plataforma a otra, sin que ello suponga un drama o un hecho «antinatural». Estas plataformas continentales son, al modo de las culturas, «sistemas morfodinámicos», (Bueno, G., 2004b, 188) regidos por la «ley de desarrollo inverso» de las esferas culturales: a mayor complejidad de las esferas culturales, menor número de las mismas (Bueno, G., 2003, 217), puesto que estas plataformas continentales son el resultado de la acción de sociedades imperialistas que han incorporado a diversas esferas culturales a la largo de la Historia Universal.

Son, en definitiva, como las placas tectónicas, que sufren derivas, rupturas o junturas que desde la superficie (desde nuestro presente inmediato) no entendemos, y sólo acudiendo a sus fundamentos (regresando a su situación «bajo tierra») podemos desentrañar. Por ejemplo, la pujanza de la hispanización de Estados Unidos a través de la inmigración desde Méjico no constituye desde el materialismo filosófico ningún «drama geopolítico», al contrario de lo que señala Robert Kaplan en su obra *La venganza de la geografía*, temeroso de que ello disminuya el núcleo anglosajón, protestante e ilustrado [sic], a decir de Huntington (Huntington, S. P., 2004, 371), de Estados Unidos, cuando el catolicismo es precisamente la confesión más numerosa en el país.

De hecho, estos hispanos aceptan con orgullo la ciudadanía norteamericana y se integran en su sociedad de destino sin generar especiales problemas. Precisamente, a la luz de la inmigración hispana que está llegando en las últimas décadas a Estados Unidos, Kaplan afirma que la tendencia será que ese sector de la población norteamericana, agrupada en los estados del sur de Estados Unidos que una vez fueron Méjico, se unirá a los septentrionales mejicanos, algo que el periodista conjetura que podría evitarse si Estados Unidos se convierte en una agrupación «supraestatal» junto a Canadá y Méjico, manteniendo eso sí el núcleo protestante norteamericano, formando una suerte de satélite continental alrededor de la «gran Isla Mundial» de Mackinder. Y es que para Kaplan «Los temores de Huntington están justificados, aunque su solución parece parcialmente incorrecta» (Kaplan, R. D., 2013, 423).

En todo caso, tomando la perspectiva del materialismo filosófico, hay que considerar puramente metafísico ese presunto intento de Méjico de «recuperar» un territorio que en el pasado le perteneció, como si fuera una suerte de entidad natural en la que los norteamericanos se hubieran artificiosamente trasplantado y la Geografía estuviera «vengándose», mediante la recuperación vía inmigración de esos territorios para la nación situada bajo el Río Grande; suponiendo que la inmigración mejicana en dirección a Estados Unidos esté programada desde el Gobierno de Méjico D. F.; algo que sorprendentemente

Samuel Huntington sostiene como hipótesis, pues para él los 150.000 mejicanos que anualmente cruzan la frontera constituyen una invasión en toda regla (Huntington, S. P., 2004, 364).

Nada habría de «natural» o de «artificial» en dicho proceso, puesto que las sociedades políticas no son más que estados de equilibrio alcanzados y sostenidos históricamente, sin una fecha de caducidad precisa. En cualquier caso, que el Imperio de nuestra época se hispanizase supondría un avance muy significativo de la plataforma hispánica, hoy en clara decadencia política y convertida en el reverso de la plataforma anglosajona que abandera Estados Unidos. Pero todo ello no dejan de ser especulaciones sobre un futuro sin definir. Como apostilla Gustavo Bueno precisamente en el propio «Colofón» de *El mito de la izquierda*: «Nadie sabe lo que va a ocurrir en el próximo milenio, y por eso lo más peligroso es la existencia de individuos, grupos, iglesias y partidos políticos, de izquierdas o de derecha, que creen estar en posesión de la “ciencia media” sobre el porvenir» (Bueno, G., 2003, 298).

5. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Bueno, G. (1991). *Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas»*. Logroño: Biblioteca Riojana.

Bueno, G. (1992). *Teoría del Cierre Categorical*. Vol. I. Oviedo: Pentalfa.

Bueno, G. (1999). *España frente a Europa*. Barcelona: Alba.

Bueno, G. (2003). *El mito de la izquierda*. Barcelona: Ediciones B.

Bueno, G. (2004). *La vuelta a la caverna. Terrorismo, Guerra y Globalización*. Barcelona: Ediciones B.

Bueno, G. (2004b). *El mito de la cultura*. Barcelona: Prensa Ibérica.

Elliott, J. (1965). *La España Imperial*. Barcelona: Vicens Vives.

Garcés, J. (1996). *Soberanos e intervenidos*. Madrid: Siglo XXI.

Hegel, G. W. F. (1989). *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*. Madrid: Alianza Editorial.

Huntington, S. P. (1997). *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Paidós.

Huntington, S. P. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Barcelona: Paidós.

Kaplan, R. D. (2013). *La venganza de la Geografía. Cómo los mapas condicionan el destino de las naciones*. Barcelona: RBA.

Kissinger, H. (2010). *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B.

Mackinder, H. (1904). *The Geographical Pivot of History*. The Geographical Journal 4.23: 421-37.

Mackinder, H. (1996). *Democratic Ideals and Reality*, Washington: National Defense UP.

Spykman, N. J. (1944). *The Geography of the Peace*. New York: Harcourt & Brace.

Suárez Ardura, M. (2014). *¿Qué es la Geografía? Consideraciones gnoseológicas generales sobre la Geografía*. El Basilisco, 43, 03.50.

Weinberg, A. (1968). *Destino Manifesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*. Buenos Aires: Paidós.